Domingo 7 de Agosto de 1898 — MONTEVIDEO — Año II—2.ª Época—Núm. 21

LA ALBORADA

SEMANARIO POLÍTICO, LITERARIO Y SOCIAL

Redacción y Administración
Calle Convención, No. 82

DIRECTOR - REDACTOR
CONSTANCIO C. VIGIL

Administrador
Agustín Salom

SUMARIO

Sueltos de la Redacción

LOS IMPUESTOS DEL 97

Tuvimos ocasión de constatar, dos meses ha, la disposición contraria que dominaba en el espíritu del gobierno acerca de la petición de aquellos hacendados que, habiendo satisfecho sus impuestos contributivos á los recaudadores de la revolución, se veían amenazados por un nuevo pago de esos gravámenes.

El gobierno mantuvo firme su primer resolución, hasta estos días. Ella era atentatoria é injusta; no consultaba para nada los antecedentes al respecto. Excepto «El Nacional», ningun diario de Montevideo se dignó estimular las reclamaciones de los que pedían un acto justiciero al gobernante.

En esa circunstancia, nosotros acudimos al Directorio del Partido Nacional, indicando que estaba en el deber de tutelar los intereses perjudicados de nuestro co-afiliados, y encareciéndole la necesidad de que, como suprema autoridad nacionalista, intercediese en bien de la campaña. Citamos algunos antecedentes notorios: durante las administraciones de Ellauri, Batlle, Gomensoro, Varela y Vidal, fuerzas revolucionarias hicieron efectivo algunos cobros de contribuciones, y los gobiernos, en todos los casos, reconocieron como válidos á los recibos firmados por recaudadores de los jefes rebelados.

El gobierno ha cambiado de resolución. Se halla dispuesto á no exigir el nuevo pago. Felicitémonos. Lo contrario hubiera sido ostensiblemente incorrecto é inícuo. Surge una duda: para obrar así ¿se ha inspirado el gobierno en la justicia y en los nobles dictados de una conciencia ilustrada, ó ha cedido, sencillamente, á las exigencias de la opinión, sintiéndose incapaz para oponerse á ella?... Algunos otros hechos análogos sugieren esta duda. Queremos creer que ella no tiene razón de ser.

Y al aplaudir, cualquiera sea la causa determinante, la resolución que nos ocupa, plácenos sobremanera dirijir nuestra humilde palabra al Directorio para agradecerle hondamente, en nombre de tantos compañeros á quienes ha beneficiado con su actitud, por el interés y la actividad que ha desplegado para obtener que no se exijiera el nuevo pago de impuestos ya percibidos en la revolución pasada.

En estos trabajos patrióticos intervinieron en representación de nuestra autoridad superior, sus dignos miembros, los doctores Aureliano Rodríguez Larreta, Escolástico Imas y Carlos A. Berro, y los no menos dignos consejeros de Estado señores Enrique Anaya y Manuel R. Alonso.

Corresponde, pues, á nuestro Directorio una buena parte de la conquista hecha para el bien público. Y conste así.

CLUBS NACIONALISTAS

En muchas poblaciones del interior nuestros amigos de causa han puesto su actividad cívica al servicio de una obra altamente patriótica y beneficiosa: la fundación de centros partidarios. Nada más acertado y oportuno, á nuestro entender.

Las luchas comiciales, por una parte, y la inseguridad de esta situación, por otra, son justificativos eficientes de esa conducta. Además, la organización de nuestro Partido, colocada ya á una altura halagadora, reclama la existencia de los clubs, asociaciones en que los ciudadanos confraternizan y se educan en sus deberes para con la patria, y que ponen de relieve la popularidad y prestigio de nuestra causa.

El Tesoro del Partido Nacional, fuerte columna en que debe apoyarse la propaganda y el derecho, es directamente beneficiado por estos centros correligionarios,--y con tal fin sus comisiones directivas deben buscar los medios de favorecer la recolección de fondos, ya relacionándola con la cuota mensual que perciban los clubs, ya considerando socios á los compañeros que contribuyan con generoso desprendimiento á la formación del Tesoro. Todo ésto, sin que cese la propaganda infatigable y constante en pró de tan grande objeto.

Desde todo punto de vista el establecimiento de centros nacionalistas resulta de utilidad no escasa en los actuales momentos, y por ello, á los decididos compañeros que han emprendido tan patriótica tarea les tributamos nuestro sincero cuanto entusiasta aplauso.

SUB-COMISIONES DE HACIENDA

Un meritorio compañero de causa que reside actualmente en los departamentos del interior nos ha dirijido una breve carta en la que se hacen algunas reflexiones que nos parecen de valer, acerca del Tesoro del Partido.

Próximamente tomaremos en cuenta sus indicaciones; por hoy nos limitaremos á transcribir una pregunta importante que se nos hace:--¿Cuando la comisión de hacienda del Tesoro se expedirá y nombrará las sub-comisiones para empezar la recolección de fondos?»

Desearíamos que los colegas correligionarios que se hallaran más ilustrados al respecto satisficieran esta justa reclamación.

La Revolución de los Comicios

LOS TRABAJOS NACIONALISTAS DEL CORDOBÉS Y CERRO-CHATO

APARICIO Y CHIQUITO SARAVIA

EN EL ESCENARIO POLÍTICO-MILITAR

X

Aparicio siempre en marcha

Consumado el triunfo definitivo sobre Demetrio Ferreira y su escuadrón policial, siguió el general Aparicio Saravia sin pérdida de momento rumbo á Coronilla, 8.ª sección judicial del departamento de Rivera.

En el trayecto recibía las constantes incorporaciones de los correligionarios que se disponían á afrontar la gloriosa campaña iniciada en Cañada Brava. Los nuevos soldados se armaban con las lanzas de repuesto que el coronel Chiquito había entregado en su estancia el día 23 á las ocho p. m. Eran las cuatro de la tarde cuando Aparicio llegó á su estancia de la Coro-

nilla con un grupo de más de 80 hombres, aunque los tiradores eran muy pocos, con diferentes clases de armas y con escasa dotación de tiros.

Primer decepción de Aparicio

Supo á su llegada el General, que la policía había amenazado disolver la asamblea si ésta se efectuaba, y que con esta noticia los grupos que se disponían concurrir con sus jefes y oficiales á la cabeza, los unos habían retrocedido y los otros se habían disuelto.

No hallaba en aquel paraje nada de lo que esperaba encontrar, absolutamente nada de lo que necesitaba y que por juramento se habían comprometido á colocar allí. Para colmo del rudo contraste, recibió chasques anunciando que el coronel bordista José Nemesio Escobar se movía con numerosas fuerzas armadas y mejor municionadas desde la villa de San Fructuoso en dirección á Coronilla, por orden del presidente Borda.

Estas especies se corrían, y eran trasmitidas al general Aparicio con visos de verdad. Más tarde el tiempo y los sucesos confirmaron plenamente todas estas noticias.

Diseñemos con claridad el cuadro de amarga decepción que se presentó á los ojos de los patriotas en aquel extremo fronterizo de la República, en la memorable tarde del 25 de Noviembre de 1896, preludio de una santa resurrección popular.

El único contingente que aguardó á los revolucionarios en Coronilla, fueron tres excelentes músicos hijos de la bella Italia, con vinculaciones cariñosas entre algunos afiliados al Partido Nacional, que los había enviado la comisión organizadora del Club «Vargas-Valdez» desde San Fructuoso para amenizar la reunión con dianas triunfales.

¿Adonde estaban el coronel Rodríguez Fulhión, el comandante Adán, el mayor Portillo, el señor Gamboa y sus respectivos contingentes de hombres, y alguno de ellos armado y municionado?

El coronel Manuel Rodríguez Fulhión que había recibido en Aceguá la última consigna oficial del general Aparicio por el intachable ciudadano don Ramón Moreira, luchó con la premura del tiempo para recojer las pocas armas de fuego de que disponía y con la imposibilidad de dar la cita á los hombres que debían acompañarlo en la empresa revolucionaria. El comandante Adán de la Torre y su segundo jefe el mayor Antonio Galarza habían invadido del Brasil por el Paso de San Luís con un grupo de 50 hombres armados, y después de tomar la sub-receptoría del punto se mantenían á la espera del aviso para incorporarse al General. El señor Juan Pintos Gamboa que de antemano había convenido con Portillo asistir juntos á la asamblea de la Coronilla, concurrió en compañía de sus hijos en virtud de la tardanza del referido Portillo; y no hallando á nadie se retiró persuadido de que la reunión se hubiera aplazado, y el mayor Basilio Portillo se había refugiado solo en los montes del Río Negro.

El movimiento nacionalista del Norte estaba dislocado; los partidarios del Norte estaban dispersos y desorientados, mediante una estratagema sorda y traidora, como lo vamos á relatar.

Las armas y las municiones no habían llegado á su destino, y ni siquiera se sabía donde se encontraban.

¿Cuál era la causa de tan extraño proceder para con el general Aparicio Saravia, que alejado de la política militante de Río Grande constituía la garantía más eficaz para la estabilidad del gobierno del doctor Julio de Castilhos, y en el escenario uruguayo un baluarte inexpugnable para el Partido Nacional?

Hay la necesidad de despejar esta incógnita en homenaje á la fidelidad histórica.

Los políticos *habilidosos* que habían valorado en toda su importancia la estrecha vinculación político-personal de los coroneles Torcuato Severo y Azambuya con el general Aparicio Saravia y otras entidades conspícuas del Partido Nacional, empezaron á obstaculizar con intrigas vulgares el ofrecimiento de Severo y Azambuya al general Aparicio.

El cubileteo vividor se desarrolló de una manera paulatina y matemática.

El sagaz político monárquico, doctor Gaspar Silveyra Martins, asumía el rol de víctima de Castilhos en presencia de los coroneles Severo y Azambuya para el caso en que éstos cumplieran su palabra con Aparicio, y les hizo entender que su cabeza peligraría por ello. Pero, lo que buscaba realmente Silveyra Martins era que el gobernador Castilhos, temiendo que los federales le hicieran nuevamente la revolución, empezase á ejercer una verdadera vigilancia sobre los principales jefes de ese partido, y por consiguiente sobre Azambuya y Torcuato Severo, y que recelase la intromisión de Aparicio Saravia.

Fácil le fué á Silveyra Martins realizar su obra; él aparecía como perseguido de Castilhos, buscando garantías en la República Oriental para vivir tranquilo; los coroneles Severo y Azambuya en el Brasil eran objeto de marcada vigilancia castilhista y el general Aparicio Saravia aparecía con sus huestes revolucionarias orientales en marcha triunfal al Sud de Río Negro, y sin embargo los riograndenses estaban en la creencia que aquella falange les golpearía las puertas de un momento á otro.

Todo ésto logró con su política de intrigas el doctor Silveyra Martins en connivencia con Idiarte Borda, quien dió orden de prisión aparente para el consejero monárquico. Pero nunca gozó de más libertad Silveyra Martins que cuando lo aprehendieron sus correligionarios, los bordistas.

Consiguió, pues, el doctor Martins hacer retirar el contingente de armas y municiones que le aportarían al general Aparicio para ese día los coroneles Azambuya y Torcuato Severo.

Esta fué la causa principal y engendradora del fracaso de la expedición de Aparicio á los departamentos del Norte de la República. Mientras tanto el funesto americano monárquico activaba con ardor sus conciliábulos con Idiarte Borda, ofreciéndole los servicios de sus parciales Reverdes, Juan Antonio y Rafael Cabeda, al propio tiempo que Borda le hacía promesas de auxilio para cuando los monárquicos reaccionaran en el Brasil.

Los conciliábulos monárquico-bordistas se prolongaron hasta muy poco antes del fallecimiento del señor Borda.

Todos estos hechos ponen en transparencia la causa á que se debió puramente el descalabro de la Coronilla, y con éste el del primer acto de la Revolución Nacional de 1896-97.

Estos son los argumentos que tenemos para oponer á los incautos que le hacen severos cargos al general Aparicio Saravia y á sus valientes jefes, por haber *pronunciado la reacción armada contra el gobierno de entonces sin contar con armas y municiones.*

Ante la fuente de nuestras razones, hay quien sostenga que se trataba de un movimiento estrafalario?

¿Cuántos fusiles tenían los nacionalistas en Tres Arboles y Arroyo Blanco?

¿Cuantos fusiles nacionalistas hacían fuego en Tres Arboles y Arroyo Blanco?

¡Justicia, Justicia!

Serenidad de Aparicio ante el contraste

El general Aparicio recibió con estoica serenidad y con resignación de mártir el terrible contratiempo, teniendo aún palabras de aliento para sus compañeros de sacrificios, á quienes explicó el estado apremiante de las circunstancias, agregando: «Sin embargo, no importa; hoy mismo tenemos que pronunciarnos, porque á esta hora ya se habrán levantado muchos jefes revolucionarios. En varios departamentos ya habrán alzado el poncho nuestros amigos, y con ellos tendremos asegurado el triunfo del Partido Nacional.»

Las palabras del General fueron estrepitosamente aclamadas. Para custodiar la bandera tomada al comisario Demetrio Ferreira se nombró al decidido y buen correligionario don Pedro Supparo con la honrosa distinción de subteniente abanderado.

En seguida don Sergio S. Muñoz dió lectura á la proclama revolucionaria que nuevamente arrancó nutridos aplausos y vivas entusiastas á Aparicio Saravia. Volvemos á públicar el texto de aquel documento, en razón de haber sufrido una pequeña omisión de palabras en su primera inserción:

«El General Aparicio Saravia á sus correligionarios.

Compañeros: El Partido Nacional, víctima de la usurpación y del fraude electoral que ha

treinta y un años viene siendo, por gobiernos deshonestos, que se suceden sin interrupción uno tras otro, abandona su actitud pacífica para activar su acción en la justa demanda de sus derechos civiles y políticos.

El honor partidario, las reparaciones patrias y el prestigio de nuestra bandera nos impone esta resolución. A la sombra de la bicolor caben todos los que sin vacilaciones ni temores, aplaudan y sostengan sin restricciones el triunfo de nuestras ideas, que no son otras sinó ver á la Patria feliz, regenerada y floreciente.

Conciudadanos: Ha llegado, pues, el momento imprescindible de combatir con las armas en la mano al oprobioso gobierno que rije los destinos del país; ha llegado la hora de levantar la bandera de la reacción armada para combatir con denuedo en nombre de la libertad institucional.

Esta es la misión que la fuerza de las circunstancias presentes le reserva al Partido Nacional, el mismo que tiene que cumplir sean cuales fueren los obstáculos con que luche, y sean cuales fueren las fuerzas de los dilapidadores de la fortuna pública que salgan á nuestro encuentro.

La victoria ha de ser nuestra y nuestra también la sangre que ha de sellar el heroismo, con que hemos de combatir á los impíos que sostienen al afrentoso gobierno de Juan Borda, que nos degrada ante propios y extraños.

Correligionarios: no lo dudeis, el fiel elemento militar del Partido Nacional sabrá sostener con honor los principios sacrosantos que nos guían, y no desmentirá jamás sus gloriosos antecedentes. Yo os prometo que la espada de vuestro General y amigo estará en todos los momentos al servicio de nuestro Partido, que es la causa de la justicia y de la libertad, que reclama con voz herida el sacrificio de los buenos,—que felizmente corren presurosos á secar sus lágrimas con el riesgo de su sangre generosa.

¡Viva el Partido Nacional!
¡Viva la Revolución!
¡Abajo el Gobierno!
Vuestro General y amigo.

APARICIO SARAVIA.»

Noviembre 24 de 1896.

Flameó la bandera nacional. De pronto todos en silencio y descubiertos oyeron emocionados el himno de la patria, que es el canto de los patricios que tienen fé apostólica en el porvenir de la tierra de Lavalleja. Y cuando ya todos hubieron oído las dianas triunfales, ordenó el general Aparicio que descansasen, dejando pastar la caballada.

Contramarcha de Aparicio

Al cerrar la noche se ponía en movimiento la columna revolucionaria, que ya ascendía á 122 hombres, contramarchando en dirección al Paso de Pereira del Río Negro.

Se caminó toda la noche, con breves descansos. En la mañana del día 26, la columna acampó en un bajo, como á quince leguas todavía del Paso de Pereira, y allí churrasqueó á la ligera. Luego continuó la marcha, recibiendo la incorporación de algunos partidarios sueltos.

Aquella gente, aunque rendida de cansancio, llevaba el ánimo levantado. A las tres p. m. vadearon el Río Negro en la balsa con 300 caballos de arreo. Aparicio estaba en el Sud.

Aparicio en el Sud

Estas marchas y contramarchas se hacían, como hemos dicho, con pequeños intervalos de descanso, en los que no se comía, no se bebía, no se fumaba y sí solo se adelantaba camino.

Desde el 24 á la una p. m. en que montaran á caballo los soldados de Aparicio, hasta el 26 á las cinco p. m. habían hecho un trayecto de sesenta leguas.

Es verdad que los de Treinta y Tres hicieron otro tanto!

Y siempre en marcha. En estas circunstancias recibió chasque el General anunciando la proximidad de la división correligionaria al mando del coronel don Eusebio Carrasco. Esta importante incorporación de 200 hombres se realizó en el paraje denominado Piedra Alta, en donde la columna del general Aparicio, que ascendió á 323 hombres, acampó todo el día 27, y donde durmieron y comieron por vez primera. Bien lo merecían, bastante lo necesitaban!

Levantamientos en Cerro Largo, Treinta y Tres, Durazno, Florida y Minas

Entre los pronunciamientos anunciados por el general Aparicio en su arenga de la Coronilla se consumaron el de su hermano el coronel Chiquito Saravia á quien dejamos el día 24 marchando en dirección al Cerro de Pablo Páez; el del comandante Polonio Clavijo en la Cuchilla del Carmen; el de los comandantes Pancho Saravia y Benito Viramonte en Tararíras; el del coronel Cornelio Oviedo y el del comandante Antonio Mena en Guazunambí, todos en el departamento de Cerro Largo. El del comandante Pedro Sánchez y el del mayor Santos Pereira en Avestruz Grande, en Treinta y Tres. El del coronel Eusebio Carrasco en la Capilla de Farruco y el del capitán Juan Muñoz entre Palmas y Cordobés, éstos dos en Durazno. El del comandante Francisco Castro en Mansevillagra, en Florida, y el del comandante Juan José Muñoz por las asperezas de Polanco, en Minas.

SEGUNDA PARTE

I

Eusebio Carrasco

El sargento mayor de línea y coronel de GG. NN. don Eusebio Carrasco, que ha heredado segun varios correligionarios la justa nombradía de su malogrado hermano el comandante don Daniel Carrasco, se había sublevado en las inmediaciones de la Capilla de Farruco, de acuerdo con los hermanos Saravia, penetrando por el Chileno y echándose al Río Negro.

Carrasco es un militar de gallarda presencia y de nerviosos ademanes que influían poderosamente en el ánimo de sus soldados. El pronunciamiento de Carrasco puso en serios aprietos al coronel bordista Zoilo Pereira, y en medio de una espantosa confusión producida entre sus adeptos, empezó á despachar órdenes policiales á diestra y siniestra. Pero el jefe gubernista fué muy poco feliz con sus comisarios, pues mientras el primero los hacía picando la retaguardia del jefe nacionalista sublevado, los segundos se empeñaban en pasar desapercibidos de los que llevaban en vez de mauser y bayoneta, lanza y cuchillo!

Los siguientes documentos inéditos pondrán de relieve las famosas disposiciones militares de Pereira para batir y tomar á Carrasco y su gente.

«Comisaría de la 6.ª sección.

Puntas del Chileno, Noviembre 26 de 1896.

Señor comisario de la 7.ª sección sargento mamayor don Rómulo Ceva.

En nota recibida hoy por chasques urgentes, se me ordena me ponga á sus órdenes, pero como no sé adónde se encuentra espero órdenes por estas inmediaciones, con la urgencia del caso.

Vengo como *cien hombres y cuatro oficiales*, todos sin armas á excepción del personal de policía.

En caso sea agredido, marcharé con rumbo al Carmen.

Se encuentra una fuerza enemiga como de cincuenta hombres por las Puntas del Chileno Chico, caídas al Yí.

Por un error ahí su nota y la de la 8.ª

Necesito armamento con urgencia.

El mayor Carrasco y otros cabecillas invasores entraron ayer á mi sección, tomaron rumbo á la 7.ª sección á su cargo, va armada su gente de lanzas.

Mi columna en marcha y observaciones.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Nicasio M. Pérez.»

«Jefatura Política y de Policía.

Núm. 7707.

Durazno, Noviembre 26 de 1896.

Señor comisario de la 8.ª sección.

Reuna con urgencia toda la gente y caballada que le sea posible é invite á los amigos á que hagan lo mismo, y trate de buscar la incorporación al mayor Ceva, á órdenes de quien se pondrá usted y la gente que pueda usted reunir.

Dios guarde á usted.

Zoilo Pereira.»

«Jefatura Política y de Policía.

Núm. 7708.

Durazno, Noviembre 26 de 1896.

Señor comisario de la 7.ª sección.

Reuna con urgencia toda la gente y caballada que le sea posible, é invite á los amigos á que hagan lo mismo y trate de incorporarse á los comisarios de la 6.ª y 8.ª, los que se pondrán á sus órdenes.

Escuso recomendarle mucha vigilancia, tino y acierto en todos sus actos.

Dios guarde á usted.

Zoilo Pereira.»

Carrasco anduvo á salto de mata, presentándose á la vista de los bordistas pos el Chileno, penetró por el departamento de Cerro Largo y fué á vadear el Río Negro en el Paso de Polanco, buscando la incorporación de Aparicio Saravia, con quien estaba en combinación.

Triunfo de Eusebio Carrasco

El coronel Carrasco apresuró su marcha sin dar descanso á la gente, con el deliberado propósito de caer sobre la policía del pueblo de San Gregorio, lo que logró fácilmente. Los bordistas se pusieron en completa dispersión y los revolucionarios se apoderaron de algunas carabinas remington. Este nuevo contraste policial facilitó al coronel nacionalista seguir tranquilo Río Negro arriba hasta fusionarse con el general Aparicio en Piedra Alta.

J. M. M.

(Continuará).

ECOS NACIONALISTAS

DE RIVERA

Señor Director de La Alborada:

Recientemente ha quedado definitivamente constituida la comisión departamental de Rivera. Como es sabido, la asamblea reunida el mes de Junio nombró una comisión provisoria para que dirigiera los trabajos del periodo electoral, y es ésta misma corporación la que ha sido investida con el elevado cargo de Comisión departamental, á fin de abreviar los preliminares de la organización.

En consecuencia, procedióse á la designación de cargos, cuyo resultado fué el siguiente, que deseo haga conocer por medio de su ilustrada publicación:

Presidente, doctor Luis María Gil; vice, don Dionisio Chiossoni; tesorero, don Indalecio Garcia; secretario, don Antonio Abella y Jourdán; pro-secretario, don Pedro Silva.

Vocales: señores Pablo Gaye. Gerónimo Sovera, Eduardo Milán y Martin Santurio.

Suplentes: señores Bernabé Galeano, Antonio de Lapuente, J. B. González, Juan J. Mello, Juan B. Magnone, Pedro Canabarro, Luis Barnato, Martin Oyamburo y Alfredo Arias.

—Esta comisión trabaja con actividad para los fines de la inscripción, y es de esperarse que nuestro partido se halle honrosamente representado en los registros cívicos.

Saluda atentamente al señor Director

El Corresponsal.

Club Nacionalista «General Leandro Gómez».—Señor Director de La Alborada.—Distinguido correligionario: La Comisión Directiva de este centro ha resuelto dirigirse á usted, dada su generosidad, para solicitar el envio de ese órgano de publicidad inspirado en el más puro patriotismo y nacido para luchar por una causa santa y que ya empieza á coronarse con los laureles del triunfo,—triunfo que será la felicidad de la patria, y que devolverá al pueblo oriental la paz ansiada, su bienestar y sus derechos conculcados por los malos hijos, que no aman sino tan sólo la orgia y el reinado de la tirania.

Esperamos accederá á nuestro pedido, sin ninguna traba, tratándose de un centro nacionalista, formado por elemento joven, que recién da su primer paso en la politica.

Agradeciendo de antemano el envio de La Alborada, saludan á usted con su consideración más distinguida.

Máximo D. Cajigas,
Presidente.

Casto Martínez,
Secretario.

San José, 1.º de Agosto de 1898.

—

En respuesta á la digna comisión directiva del centro correligionario «General Leandro Gómez», solo nos cabe expresar nuestra satisfacción en acceder á lo solicitado, pudiendo desde ya contar con la visita de La Alborada que irá, llena de orgullo, á estrechar la mano de la noble juventud congregada para rendir su culto á la patria bajo la pura bandera cívica á quien simboliza el nombre del Bayardo oriental.

—

El 18 del corriente mes tendrá lugar la elección de la Comisión Directiva y Fiscal del floreciente centro partidario que tiene su local en la calle 25 de Mayo esquina Treinta y Tres.

Es de desear que este acto de tanta trascendencia reuna las condiciones de una gran asamblea en la que esté representado el mayor número posible de asociados. Así serán cada vez más sólidas las bases del hermoso y popular club correligionario, pues en la elección de sus autoridades dirigentes reposa su buena marcha y su progreso.

De la secretaria se nos remite para su publicación, la siguiente

CONVOCATORIA

De acuerdo con lo dispuesto en el articulo 66 de los Estatutos del Club Nacional, se convoca á los señores socios de este centro para la Asamblea General que tendrá lugar el 18 del corriente á las 8 p. m. en los salones del Club, con el objeto de proceder á la elección de los miembros que deben componer la Comisión Directiva y la Comisión Fiscal con los suplentes respectivos.

Montevideo, Agosto 3 de 1898.

El Secretario.

Los nacionalistas del Durazno, que realizaron solemnes funerales en memoria del coronel Diego Lamas, han nombrado una comisión de damas de esta ciudad para que haga la entrega de un rico album suscrito en aquella ocasión, á la señora Mercedes Delgado de Lamas. Para formar esta comisión han sido designadas las distinguidas matronas de nuestra sociedad, señoras Concepción C. de Acevedo, Maria V. de Smith y Maria H. de Rodriguez. Al mismo tiempo se ha comisionado al señor Lauro V. Rodriguez para que coloque sobre la tumba del glorioso extinto las coronas que adornaron el túmulo levantado el dia de las ceremonias en el templo del Durazno.

—Carta que recibimos de la 11.ª sección del departamento de Soriano, nos comunica que los amigos de aquel paraje se empeñan en terminar los preparativos de una asamblea que se realizará muy en breve, cuyo primordial objeto es proceder á la elección de presidente para la comisión seccional. Es creencia general que esta reunión resultará importante.

—Se ha empezado á hacer práctico el pensamiento de fundar un club nacionalista en Nico Pérez, importante localidad del departamento de Minas. Tenemos la profunda convicción de que los excelentes compañeros de aquel punto no sólo darán fin á esa tarea cívica, sino que ella constituirá todo un triunfo enorgullecedor para quienes lo obtengan.

Bien por los decididos correligionarios de Nico Pérez!

—La comisión directiva departamental del Partido Nacional en Cerro Largo, ha elevado al conocimiento del Directorio copia de las notas cambiadas entre las comisiones colorada y nacionalista, con motivo de la proclamación del señor Juan Lindolfo Cuestas para la Presidencia de la República por la departamental colorada.

La nacionalista ha contestado que «consecuentes con las bases de aquel acuerdo, se pondrá al habla en el momento preciso y oportuno con los representantes del partido colorado de este departamento que genuinamente respondan á la politica de concordia y eminentemente nacional pactada entre los partidos ya indicados, en la capital, lisonjeándose esta comisión de ver en los compatriotas que constituyen la comisión colorada en el departamento, los verdaderos representantes de aquella colectividad. Dése cuenta al Directorio etc.»

—Se encuentran en esta ciudad, desde hace algunos dias, los prestigiosos jefes nacionalistas coroneles José Saura, Bernardo G. Berro y Celestino Alonso.

Deseámosles, á tan nobles y valerosos mi-

litares ciudadanos grata estadia en el seno de los numerosos amigos con que cuentan en esta capital.

PENSADORES Y REPÚBLICOS

BERNARDO PRUDENCIO BERRO

Una de las personalidades más sobresalientes del Uruguay, y que más brillo han dado á la historia de su patria.

Nació en la ciudad de Montevideo y durante el sitio de la guerra grande, que duró nada menos que nueve años, acompañó en ésta al general don Manuel Oribe, hasta que una vez hecha la paz fundó el periódico «La Fusión», distinguiéndose aqui por el criterio tranquilo en los juicios al apreciar los sucesos de la época.

Luego fué elegido senador, de cuyo puesto pasó á desempeñar la presidencia de la cámara, con el acierto y competencia que correspondia á un ciudadano de sus condiciones, modelo de civismo y abnegación patriótica.

Desempeñó más tarde el ministerio de Gobierno en la administración del austero ciudadano don Juan Francisco Giró, hasta que el motin militar del año 1853, dió el inmediato resultado de la caida del gobierno perfectamente constituido, volviendo Berro al destierro á causa que se le perseguia tenazmente por los vencedores de la revolución poniendo á precio su cabeza.

Iniciada más tarde una era de regeneración y de paz y elevado á la primera magistratura de la República el señor don Gabriel Antonio Pereyra, regresa al pais, ocupando la presidencia del Senado durante el periodo de 1858.

En 1860 fué elegido presidente de la República, quien era acreedor á todas las consideraciones del pueblo, por las altas virtudes que poseia como pocos, educado en los sanos principios de la moral politica.

Consagróse á la organización de la hacienda pública con la labor y con la perseverancia de un hombre de estado; tolerante con el adversario, decretó leyes de amnistia, hizo progresar el pais, al extremo que sus mismos enemigos no han podido menos que reconocer á su administración de las más honradas.

Su ejemplo no ha tenido otro imitador hasta ahora, en el Uruguay, ni ninguno tampoco se sacrificó más por los ideales de la sacrosanta idea republicana y por la democracia, pues en medio de la ola revolucionaria, que nutrió su espiritu reformista luchando con toda clase de trabajos, supo elevarse por sobre las miserias de su tiempo, apartando sofismas y mistificaciones, dando el más alto ejemplo de patriotismo.

A Berro no se le puede seguir en sus anhelos de patriota, porque pertenecia á una época que la patria sintetizaba para aquellos hombres algo muy sagrado, que la corrupción de nuestros dias es una burla sangrienta á la abnegación de entonces.

Hace un gobierno esencialmente nacional hasta que una nueva era de sangre inicia el general don Venancio Flores, sosteniendo el general don Leandro Gómez una lucha heroica en las trincheras de Paysandú y la página más brillante y el timbre más glorioso para los soldados que lo acompañaron á defender la autoridad del gobierno y la integridad nacional.

Después de derrocado el gobierno, allá para los primeros meses del año 1868, Berro vivió ageno a los acontecimientos que se desarrollaban en el pais, hasta que encabeza una revolución en las calles de Montevideo; tomado prisionero, muere en la carcel de resultas de una herida de revolver que recibe en la frente el 19 de Febrero de ese año.

Su personalidad politica tiene resplandores inmortales, porque dotado de un carácter á toda prueba para la lucha armada, de los atributos de la verdadera ciencia del gobierno, la pasión politica no lo arrastraba en los actos de su vida, y si en los puestos públicos fué un modelo como ciudadano, en la vida privada, en el hogar, es donde su figura se destaca más digna de elogio y de consideración, para lo cual resta decir lo que todos saben, que el modesto patricio labraba la tierra con el arado para sostener á la familia sin contar con más patrimonio que muchos hijos y por único caudal un nombre que es sinónimo de honradez.

Hombre culto, instruido y de esmerada educación, pertenecia á una de las familias más distinguidas de Montevideo.

Algunos años dedicóse, con el mismo afán que para la politica, al periodismo, cultivando igualmente la poesia, el género satirico, que le proporcionaron aplausos y ovaciones merecidas.

La pasión politica, ofuscando la opinión de los que no indagan ni estudian los sucesos, en su verdadera base, pretenderá en vano oscurecer las dotes y los merecimientos á que es acreedor Bernardo Prudencio Berro, sin tener en cuenta que la posteridad ya ha discernido el fallo que corresponde á su alta personalidad contemporánea.

NORBERTO ESTRADA.

La Plata, Agosto 2 de 1898.

GLORIAS PATRIAS

Los genios del encuentro encarnizado
Pulsen hoy el laud de mis amores,
En donde quiebra su fulgor dorado
El sol de los nativos resplandores.

Dele fuerza y vigor, potencia y brio
Al canto narrador de su proeza,
Y encuentre solo el pensamiento mio
Del heroico denuedo la fiereza.

Sea la estrofa viril, canto de guerra
Y mueva con sus ecos singulares,
El sueño de los bravos de mi tierra
Que pisaron su suelo en los palmares..

De los que ardiendo en bélicos anhelos
A vencer ó morir se alzan valientes,
Bajo la azul techumbre de los cielos
Y el patrio sol que calcinó sus frentes.

Aquellos de bravuras sobrehumanas
Que al frente del audaz aventurero,
Hicieron con enseñas lusitanas
Los rústicos pretales de su apero!

Aquellos que cruzaron la corriente
Del undoso Uruguay, patria querida,
Sosteniendo al pendón independiente
El vigor de su sangre y de su vida.

Aquellos que miraron tus cuchillas
Desde la tierra extraña y prometieron
Pisar en son de guerra tus gramillas
Y la preciada libertad te dieron.

Comienza la cruzada redentora
Cuando asoma el fulgor del nuevo dia,
Y ven entre los tintes de la aurora
Que el angel de la patria es quien los guia.

Del Uruguay en la desierta orilla
Los fuegos de la guerra se encendieron,
Hendiendo el agua con su débil quilla,
Y *Treinta y Tres* titanes descendieron.

Llegaron, alli están. El rio inquieto
Besa lascivo las nativas playas,
Lanza á los aires su estridente reto
Que va veloz á interrumpir discreto
La quietud de las selvas uruguayas.

Llegaron, alli están en la Agraciada:
La intrépida legión serena y fuerte,
jura ante Dios de hinojos prosternada,
Libertar á la patria esclavizada
O hallar en la contienda honrosa muerte.

De independencia y libertad al grito
Besan ardientes la querida tierra,
Sacude el viento al tricolor bendito
Y hace temblar al opresor maldito
El eco heroico de venganza y guerra!

Sublime y bendecido juramento,
Diana de redención, civico anhelo,
Que cabalgó en las brisas y en el viento
De uno al otro confin de nuestro suelo!

Promesa de vencer, toque de guerra,
Sacratisima unción alli jurada,
Que encontró estrecho el arco de su tierra
Con cadenas de esclavos maniatada!

Las hojas del ombú lo susurraron,
Murmuró el rio en la lejana sierra,
Los gauchos melenudos se aprestaron,
Y sus lanzas bravias enristraron
Para empezar la codiciada guerra.

El tigre cruzó huraño la espesura,
El espinillo perfumó el ambiente,
Y el laurel solitario en la llanura,
Entretegió su cetro de verdura
Para ceñir de la legión la frente!

Eco encontró en los pechos varoniles
De los patriotas de la tez bronceada
Y juraron intrépidos, viriles
Librar la patria de opresiones viles
Y mirar sus cadenas destrozadas.

Las alas rumorosas del pampero
Las notas de ese grito arrebataron,
Y toman los paisanos del alero,
La hoja empolvada de flexible acero
Y sus lanzas con cañas fabricaron.

El chajá cruzó entonces los juncales
Perdiéndose del llano en los confines;
Se preparan las huestes nacionales,
Y van á derrotar las imperiales
Al rumor de tambores y clarines.

Con marcha regular los escuadrones
Pisan de Sarandi los pastizales,
Y escarcean los briosos redomones
Al sentir el rodar de los cañones
Que conducen las tropas imperiales.

Allí esperan de frente al extranjero
Para retarlo á la tremenda lucha,
Y ansian que comience el entrevero,
Cuando se esgrime el reluciente acero
Y el toque de clarin solo se escucha.

Están altivos, la melena suelta,
De patrio fuego el corazón les late,
Y su valor en la primer revuelta
Se anima al ver que ondea desenvuelta
La enseña tricolor en el combate.

Se ven de los patriotas orientales
Ondeando las azules banderolas,
Y en sangrientos encuentros desiguales
Derrotar á las tropas imperiales,
Que huyeron pusilánimes y solas!

Ese ejemplo viril conservaremos
Los hijos dignos de esta tierra amada,
Y al audaz invasor enseñaremos
Que no importa morir si defendemos
El pendón que ha flameado en la Agraciada.

No dejaremos, no, los orientales
Que pise el suelo la extranjera planta,
Tenemos nuestras glorias nacionales,
Y el himno de cadencias inmortales
Que se escucha de pié cuando se canta.

Guardad la fé y la virtud sagrada
Que desde entonces la legión nos deja,
Y jurad perecer en la jornada,
Antes que ver un dia mancillada
La enseña tricolor de Lavalleja.

G. Larriera Varela.

LA PIEDAD DE UN LADRÓN

Al guardia nacional de aquellos dias, Francisco Solano Riestra.

Eran las primeras horas de la mañana del 5 de Agosto de 1864.

El dia anterior esta ciudad, asaltada por las tropas al mando del general revolucionario Venancio Flores y, bizarra y heróicamente, defendida por las del gobierno de Atanasio Aguirre, habia sido tomada á viva fuerza, pereciendo en el combate lo más granado de la juventud floridense que formaba la valiente guardia nacional.

Como si la naturaleza hubiera querido asociarse al intenso dolor que, en aquellos angustiosos momentos, dilacerara el corazón de nuestras familias, obligadas á presenciar la muerte de un padre, un hijo, uu esposo, un amigo, el dia habia amanecido triste, cubierto el cielo por negras y densas nubes que parecian arremolinarse sobre la doliente población, pretendiendo evitar al astro rey, el bochorno de alumbrar aquel sangriento cuadro. Un viento este, acompañado de finísimas garúas, azotaba los edificios y barria cou impetu las desoladas calles, algunas totalmente cubiertas de humeantes ruinas, de escombros por entre los cuales asomaban, de trecho en trecho, los ensangrentados miembros aún palpitantes de los soldados que, en el dia anterior, habian caido acribillados por el plomo fratricida.

En tal dia y á tales horas, fuera de unos cuantos vecinos que se habian impuesto la humanitaria tarea de recoger á los heridos y dar sepultura á los cadáveres, sólo uno que otro *milico* de los que quedaron rezagados del ejército vencedor, recorrian las solitarias calles de la población, arrebujados en sus ponchos de patria, tiritando de frio, husmeando qué comer ó robar.

Uno de ellos, un indio alto, corpulento, de siniestra catadura, todo andrajoso, habiase detenido delante de un cadáver que yacia atravesado en la esquina del cantón establecido en la casa de Portillo, situada en la parte oeste de la plaza principal.

Notando aquel sujeto que las personas, de que hemos hecho mención, venian hacia él, juntó las manos en actitud de orar y arrodillóse ante el cuerpo que á sus piés tenia.

Uno de los vecinos separóse de los otros y acercándose al indio preguntóle:

—Aparcero, ¿conoce usted á ese *finao?*

—Si, señor:—contestó el interpelado muy compungido—fué un amigo mio de mi estimación, y si ustedes me hicieran el favor de permitirlo yo desearia enterrarlo por separado.

—Hombre, si eso es así, no hay inconveniente.

—Muchas gracias, señor.

—No tiene porque darlas.

Y esto diciendo el bueno del vecino, retiróse con sus compañeros que ya se hallaban junto á él, escuchando el corto diálogo que con el indio sostenido habia.

El soldado, así que vió que los vecinos se habian alongado un buen espacio, abandonó su al parecer humilde actitud, y. sacando de su cintura un filoso facón, trozó el dedo anular de la mano derecha del muerto, verificado lo cual, alejóse á toda prisa como un azorado, mirando á todas partes acaso temeroso de haber sido visto.

Bien luego se supo que el único móvil de aquel bárbaro, no habia sido otro que el de robar el anillo que en el mencionado dedo tenia el muerto.

Solano A. Riestra.

UN RAMITO DE FLORES

Tenia siete años de edad. El penúltimo dia de carnaval me habia puesto mi madre un lindo trajecito de máscara, todo de seda con fajas blancas y celestes, con una banda colorada, una peluca de rizos rubios, y un gorrito de terciopelo verde, para llevarme al corso en carruaje. Estaba con nosotros papá y un amigo suyo, mayor de artillería. Teniamos muchos ramos de flores y un canasto lleno de confites. Las calles rebosaban de gente: habia una infinidad de coches, centenares de máscaras elegantes y diferentes, un gran movimiento, un gran alboroto, un corso magnifico. Mi madre, como de costumbre, no participaba absolutamente de la alegría de la fiesta, permaneciendo callada casi todo el tiempo. De cuando en cuando, al pasar el carruaje de un amigo me alcanzaba un ramo de flores y me lo hacía arrojar, agarrándome por la banda de temor que yo cayera. Los niños, amigos mios, me arrojaban también flores y ramitos, y saludábanme gritando y riéndose de mi traje original; yo me reia de ellos y nos divertiamos extraordinariamente. Pero llegó un momento en que cansado de gritar y gesticular me senté para tomar aliento.

En la entrada de la calle Pó, en la Plaza Castello, habia una fila de soldados de caballeria y de carabineros, inmóviles y tiesos como si asistiesen á un funeral. Miraban ora los coches, ora la gente, sin decir una palabra, limitándose á sonreir sin demostrar curiosidad, ni deleite, ni fastidio, ni aburrimiento: parecian autómatas. El gentio les apretaba por todos lados, ondulando y levantando una griteria; de las ventanas de las casas vecinas, que estaban llenas de señoras y máscaras, caia una lluvia de coriandres; de los coches se arrojaban flores á las ventanas y de las calles á los coches: una batalla encarnizada, con grandes nubes de harina que todo ocultaban—y más allá la banda que tocaba, interrumpida por el ruido de tambores y trompetas que herian el oido.

—¡Pobre gente!—dijo mi madre señalando al mayor de los soldados.

Ellos nunca faltan: están en todas partes.

No basta que nos defiendan de los enemigos, que apaguen los incendios, que calmen los tumultos, que protejan nuestras fiestas, aseguran nuestros goces,—sin tener goces ni fiestas;—sufren y se sacrifican tanto, sin recojer jamás provecho alguno; sin lograr una recompensa, pero no digo una recompensa! ni un consuelo, ni una palabra de reconocimiento, ni un simple *gracias*. La gente ni se fija en ellos; nosotros somos todo para ellos, y ellos son nada para nosotros, nada.

El Mayor, serio como un magistrado, sin dirigir una mirada á los soldados, contestó gravemente:

—Es verdad.

—Si, es verdad—añadió mi madre.—Fi-

jese, Mayor, fíjese en aquel soldado, el primero de este lado; ¡qué semblante melancólico! ¿Tendrá algun disgusto? ¿Estará indispuesto?

—¿Quien puede saberlo?—contestó el Mayor con una sonrisa lijera.

—¡Que tendrá!—repitió mi madre, y continuó mirándolo con aire pensativo.

Tal es esa santa mujer, que aún entre el rumor y la alegría de una fiesta, distrae su mente de las cosas que la rodean, y la lleva de pensamiento en pensamiento hasta la melancolía una pequeñez como esa.

El carruaje siguió y mi madre continuó hablando del soldado: luego volvió á quedarse pensativa, y de repente exclamó:

—¿Si estará enfermo alguno de su familia? Bien puede ser. No les dejan ir á su casa cuando se enferma alguno de la familia. ¿No es así, Mayor?

—Es difícil,—contestó el Mayor.

—Apostaría—dijo mi madre—que está triste por eso. (¡Qué lógica tiene el corazón!) Mientras tanto tiene que permanecer entre la gente que se divierte, que canta, que grita... No puedo apartarlo de mi vista.

El Mayor se sonrió.

—¿Qué quiere?—dijo mi madre—es mi carácter.

Al terminar la vuelta, volvió á pasar delante de los soldados el carruaje. Ella aprovechó el momento en que el Mayor y mi padre no se fijaban, me alcanzó un ramito de flores, indicóme con un gesto rápido á su soldado y me dijo al oido:—Arrójaselo!— Me levanté, y asido por la banda, me preparé á cumplir con lo que me habia dicho.

—Es aquel, ¿no es verdad? pregunté una vez más.

—Si, si, y pronto.

Faltaban siete ú ocho pasos; el carruaje se detuvo un instante, luego siguió su marcha: hemos llegado.

—Valor!—dijo ella.

—Ahí vá!—contesté yo con amor propio.

El ramito habia descrito una hermosa curva en el aire y caido justamente sobre el pecho del soldado, entre el broche del cinturón y la mano que tenia los riendas. Se despertó como de un sueño, cojió casi involuntariamente el ramito, levantó los ojos en actitud de suma sorpresa, me vió, le saludé con las dos manos, sonrióme y me siguió con la mirada hasta que el carruaje hubo desaparecido. Mi corazón latia con fuerza: mi madre se habia consolado; el Mayor y mi padre nada habian visto. Antes de dar otra vuelta por el corso nos dirigimos á nuestra casa.

Volvi á ver al soldado, diez ó doce dias después, en el jardin público. Estaba con otros compañeros, conversaba en voz alta y se reia.

—Ahí está el soldado del ramito—dije á mi madre.

—¡Calla!—me contestó—no te fijes.

No comprendi la razón de esa orden; le miré, él se fijó en mí, y habiéndome reconocido hizo un gesto de sorpresa y exclamó:

—¡Oh!

Mi madre me tomó del brazo y seguimos nuestro camino.

Después de ese dia no le ví durante un año.

En el siguiente año, y en una de las últimas noches de carnaval, después de haber regresado del teatro, me acerqué á la ventana antes de acostarme, y delante de los vidrios me detuve un poco para mirar á la calle. Estaba oscura, y caia nieve. De cuando en cuando salian máscaras de la casa de enfrente—de un café y fonda:—se desparramaban, se perseguian, desaparecian, llegaban otras y todas al encontrarse y al reconocerse—se apiñaban hablando á gritos con voz de falsete, y saludándose recíprocamente.

En ese momento llegó una patrulla de caballería. Las máscaras la rodearon, palmeando á los soldados y dando saltos; estos estaban envueltos en sus grandes capotes, y seguian su marcha sin hacerles caso; pero uno de ellos dirigió la mirada hacia nuestra casa y justamente á la ventana.—¡Será el mismo!—pensé; y abrí. Entonces sacó el soldado una mano, saludó y siguió adelante. Al dia siguiente supe por la portera que unos dias antes habia entrado al portón de casa un soldado de caballería, mirando la escalera, indeciso por un rato, si subiria ó no, y que al fin se habia ido.

Después de algunos meses supe que uno de los regimientos de caballería se trasladaba á Turin, y desde entonces no volví á ver á mi soldado, ni tampoco me acordé de él. Muchos años pasaron: vino el cincuenta y nueve: me alboroté por el ejército, y manifesté á mi padre el deseo que tenia de abrazar la carrera militar. Mi padre no se resolvía.

—Concluye tus estudios,—me dijo, y veremos.

En Agosto del cincuenta y nueve habia terminado mis estudios, tuve una gran discusión con mi padre sobre el asunto de mi carrera; pero á medida que pasaban los dias, encontrábase menos dispuesto á favorecer mis deseos. Un caso imprevisto tronchó el nudo de la cuestión.

A principios de Enero del sesenta estaba yo escribiendo por la mañana, cuando oí llamar á la puerta, y un sirviente me anunció una visita.

—¿Quién será?—pregunté á mi madre.

Me levanté y ella me siguió hasta la antesala.

Un hombre en traje de obrero estaba en la puerta, con una gran manta, un gorro de piel en la cabeza, pálido y demacrado, con semblante afligido y lastimero.

—¡Ni el gorro se saca!—murmuró el sirviente.

El desconocido me miró sonriendo y preguntóme:

—Es Vd?... y pronunció mi nombre y apellido.

—Si! le contesté.

—Soy un pobre joven y he quedado sin trabajo, he sido soldado: si quisiera ayudarme en algo.

Mi madre y yo nos consultamos con la vista.

—... Deme algo,—añadió el hombre con voz suplicante.

Le alcancé un par de francos, diciéndole:

—Tome Vd.

—Póngamelos en el bolsillo.

—En el bolsillo!—exclamé entre sorprendido y ofendido. Pero su mirada producia en mi un efecto extraño: le miré con atención y le puse el dinero en el bolsillo.

—¡Gracias!—contestó con voz conmovida —y ahora... le suplico... quiera aceptar un recuerdo... pues vuelvo á mi tierra...

Nos miramos con sorpresa.

—¿Quiere aceptarlo, señor?—preguntó tímida y afectuosamente.

—Veamos—contesté.

—Aquí está,—dijo, y abriendo la manta con los codos, descubrió y señaló un ramito de flores que llevaba en el ojal del chaleco.

—¡Ah! el soldado del corso! dijo mi madre.

—¡Él!—exclamé yo con compasión y quise abrazarle. Cayó la manta y mi madre soltó un grito de terror:

—¡Dios mio!

—¿Qué hay?—pregunté.

Y al mismo tiempo reconocí que le faltaban las dos manos. Las habia perdido en la batalla de *San Martin*.

No sé cómo ni por qué, pero desde aquel dia el deseo de ser soldado se convirtió en firme resolución; me parecia que rendia un homenaje á la desventura del pobre joven, vistiendo el uniforme militar: por eso soy militar, y cada vez que veo un soldado de caballería en el corso, siento latir mi corazón como si se tratara de un amigo de años, y quisiera ser niño aún para arrojarle un ramito de flores.

EDMUNDO DE AMICIS.

TENTACIÓN

(TRADUCIDO PARA "LA ALBORADA")

De todos los asistentes al lazareto era el único que no se proveía de alcanfor ó de alcohol fenicado: el único que permanecía inclinado, sin palidecer, sobre sus pobres coléricos de los cuales recogía el último suspiro y el último sollozo.

Siempre despierto, siempre pronto, siempre vigilante, parecía la ciencia médica encarnada en el bien de los desgraciados. Nada lo asustaba, nada lo desanimaba: corría donde mayor era el peligro, consolaba á los pusilánimes, vigorizaba á los cansados, hablaba á todos un lenguaje afectuoso de caridad y de amor.

Cuídese, padre,—le decía con frecuencia el

doctor Celani, atravesando un corredor ó una sala de asistencia.

El joven fraile sonreía sin responder y continuaba impertérrito su obra. Pero cuando en algunos de los raros momentos de reposo, él paseaba, solo, bajo los arcos del intercolumnio que rodeaba el patio, y cuando encerrado en su celdita, se dejaba caer rendido sobre su duro lecho de cartujo, un tremendo pensamiento lo hacía sobresaltar y dejaba una lívida huella en la hermosa y pensativa frente, sombreada por cabellos negros é indómitos.

Entonces, en aquellos raros momentos, dos nombres le salían de los lábios: Goffredo, María...

Aquellos dos nombres, á juzgar por la expresión torva y dolorosa de su cara, debían compendiar para el fraile dos grandes dolores no adormecidos aún. ¡Ah, todavía no! Los movimientos desenvueltos del hermoso y vigoroso cuerpo, el mundano relampaguear de los ojos profundamente encajados en las órbitas, un no sé qué de caballeresco y de fiero, que se traslucía en sus actos y hasta en sus palabras, todo decía que el padre Agustín no debía vestir desde mucho tiempo el áspero sayo del religioso.

***

Daban la oración. El día había sido terrible: un vaiven contínuo de enfermos y de muertos.

El padre Agustín apoyado en un pilar del portón que daba acceso al lazareto, miraba melancólicamente el fondo del horizonte, allá donde la negra línea del mar besaba el cielo sereno, relampagueante de estrellas.

La brisa de la noche le llevaba oleadas de los acres perfumes salinos y olores de las ya orecidas acacias sobre las alamedas de árboles de las desiertas quintas. Un ruiseñor gorjeaba melodiosamente en las matas de espinas egipcias, y las luciérnagas luminosas vagaban sobre los pámpanos verdes y sobre las espigas del trigo. Había paz en todo á excepción de aquella lúgubre casa y quizá también en el corazón de aquel taciturno hombre, en cuyas empalidecidas mejillas caían apasionadas las lágrimas.

He aquí luces: allá en las tinieblas apenas se oye el pisar monótono de los enfermeros y bien pronto aparece una camilla en la que se agita un joven en todo el vigor de la edad.

Caso gravísimo,—dijo uno de los peones pasando delante del fraile; que se había calado rápidamente la capucha sobre los ojos y había seguido al lazareto al fúnebre cortejo.

***

Soy el conde Goffredo de Santa Flora—decía el enfermo sollozando bajo el espasmo de las violentas contracciones—y me he puesto mal en un momento, allá en el cuadrivio de la plazoleta Valentina, mientras me dirigía hacia casa. He sido recogido y traído aquí. No sé decirle más.

El padre Agustín miró atentamente al médico á quien era dirigida la declaración del joven. El movió la cabeza y se alejó diciendo:

—Algunas cucharadas de coñac y cinco ó seis gotas de láudano cada media hora.

El fraile hizo una señal afirmativa y permaneció sentado al lado del enfermo.

Este aprovechó un momento de tregua y balbuceó:

—¿Hay peligro?

—No—respondió el padre Agustín, con voz apenas perceptible—nó, acérquese.

—Gracias. No me abandone un momento, padre, se lo suplico.

—No lo abandonaré.

—¿Quiere oir mi confesión?

—No me parece necesario—respondió precipitadamente el sacerdote,—esté tranquilo, se lo ruego.

—¡Ah! Yo sufro horriblemente, padre, he sido violento, he amado mucho el juego, el vino, los placeres...

—Valor...

—Soy casado con una angelical niña, que me adora...

—¡Ah!

—Mas esta niña, padre, era novia de un honesto joven, quien había puesto en ella todas sus más caras esperanzas...

—Continúe.

—Yo la hice perjura: la seduje con pérfidas artes; la hice mía.

—¿Y él, el joven?

—Se ha ido, padre, se ha ido á Africa, maldiciéndome. Sus últimas palabras antes de partir...

—¿Qué le ha dicho antes de partir?

—«De cualquier modo nos volveremos á ver; usted morirá por mis manos.» ¡Ay, cómo sufro!

—No piense más en eso. Tome estas gotas de láudano. Le harán bien...

—Gracias. ¡Ah! ¡María!

—¿Es el nombre de ella?

—Sí padre, me muero.

—Usted vivirá.

***

El padre Agustín fué incansable durante aquella noche: no abandonó un momento al pobre enfermo, y sus sufrimientos iban felizmente disminuyendo.

A las ocho de la mañana, el médico con inmensa sorpresa, lo declaró fuera de peligro. El fraile, con su capucha siempre calada, se alejó; pero cuando llegó á la mitad de un corredor tuvo que pararse por un grito de estupor del doctor Celani.

—Usted ha tenido miedo, padre—le dijo.

—¡Miedo!—repitió el fraile.—¿Y de qué?

—¡Mírese! Y el médico le puso ante los ojos un pequeño espejo.

El padre Agustín lanzó un grito. Los cabellos de adelante se le habían vuelto blancos.

—Y bien, sí—dijo con voz débil—he tenido miedo... un miedo horrible, pero no de morir, se lo juro!

Y huyó á su pobre celda; tirándose rendido sobre su duro lecho.

Mas ya cuando los dos nombres de Goffredo y de María le volvieron á los labios, ninguna expresión torva alteró la serenidad de aquel hermoso y extenuado rostro.

I. Bacini.

PENSAMIENTOS

Los siguientes, son los que prometíamos en el número anterior, y ellos se deben, como lo anotamos, á la pluma de una distinguida dama de esta sociedad, que ha resuelto arrancarlos del olvido en homenaje de esta humilde revista;—aunque, como última resistencia de su modestia, se encubre con el velo del seudónimo. Quizá le fuera fácil al lector curioso, reconocer á su autora repasando la colección.... Una poesia al coronel Lamas, en el número.... Seamos discretos!

La hipocresía es el arte de saber vivir; quienes no lo poseemos no podremos nunca merecer el aplauso de las mayorías.

—

El trabajo es el bienhechor de nuestra existencia, evitándonos el tedio que nos llevaría á excesos ridículos y hasta criminales.

—

El miedo y el amor al oro engendran el servilismo.

—

El atributo más hermoso que puede poseer una mujer es el de la sensibilidad.

—

Sea la indulgencia el principal atributo de tus virtudes.

—

Para ser verdaderamente buena es preciso tener un corazón capaz de amar mucho.

—

La religión es el santuario de la familia.

—

Si quieres ser virtuosa olvida por completo los defectos agenos, preocupándote sólo de los tuyos.

—

La desgracia es el libro abierto donde se resuelven los más grandes problemas de la vida.

—

La verdad sofoca al ignorante.

—

La avaricia mata todo los sentimientos nobles que pueden albergarse en un corazón.

Sempronia.

Montevideo.

MANUEL M. OLIVER

Su nueva novela "Un hombre"

Pasamos por una época de crítica literaria escasamente definida, benevolente y dispensadora de títulos al por mayor.

Hoy día, al que merece un elogio, una frase

de aliento ó de justicia en proporción á los que han de leerla; acostumbrados como están al sueltito convencional ó al artículo cimentado de falsas famas,—no verán en ella, más que una repetición y la manera más ó menos ingeniosa y amigable, de salir del compromiso ó deseo en que se ha caído, para elogiar como se hace hoy, con la fraseología más banal y chavacana.

¿Es pues inútil escribir una crítica sincera? Por dos motivos, sí.

Primero, porque si es justo el elojio, no se verá en ello un acto de justicia, sinó un *bombo descomunal* (no se conoce otro nombre ni calificativo) y si por un acaso, esa crítica fuera severa, habria que tropezar, en este segundo caso, con que dirían, *para enemigo el del oficio* y esto, si el mismo autor no se incomodara, como sucede con tantas nulidades como andan por ahi, ó si lo que es peor, no sienta uno fama de engreido ó criticastro rabioso... que para todo dá la relajación á que ha llegado el más atrasado de nuestros progresos: el artístico y literario.

Pero hay sus excepciones (muy raras) tanto entre los lectores, como entre los que producen y critican y, en este caso están (por lo agenos á nuestro ambiente) el lector uruguayo, el que ha producido el libro que motiva estas líneas, y el que pasa á criticarlo, sin acordarse de amistades y solo pensando en que Oliver, como literato, podrá guardarse una nota de sinceridad, inspirada en lo mas santo de la profesión en que nos debatimos.

Hasta ahí el exordio... volvamos al pasado. Cuando hace algún tiempo Oliver publicó *Un muchacho*, nos entusiasmamos sinceramente y, en el apogeo de una época de crítica benevolente, lo llamamos *novelista*... título que ante su nueva obra y después de maduro examen, le otorgamos de nuevo, sin temor de equivocarnos, ni sentar plaza de alabanciosos y ni aun de llevarnos de la simpatía.

Oliver es novelista, lo revela, lo acaba de probar otra vez, pero como en la primera, no sabemos á qué es debido, lo ha hecho á medias, pues la mitad de sus libros pertenece á un alma y la otra mitad... no á su fantasía sino á la necesidad en que se ha visto de no dejar escapar sin mucho de disfraz esa expansión de semi-auto-biografía.

Porque hay que decirlo, aquel *muchacho*, aquella promesa, aquel porvenir que deja descubierto el primer libro, no ha muerto con aquel balazo que al final del libro le pegan en la frente. El autor mintió á medias, pues la otra mitad subsiste... está trabajando en «El Tiempo» y, bien sabe el Director de esa escuela... digo, de ese diario, que tengo sobrada razón en lo que afirmo.

Y lo mismo, ó casi parecido, sucede con «Un Hombre» hoy.

Ese zig-zag contínuo, esos levantamientos y hundimientos, con que, juguete del destino, lo hace aparecer Oliver, jugando á la alza y á la baja moral, no revelan del todo un fin claro y preciso de la obra y sí, al autor, que ya más maduro que la mitad del *muchacho*, pero no menos fogoso, ha dejado enmarañado en el asunto mucho de su corazón, que lo tiene y grande, así como su espíritu, que no es *indisciplinado* como ha dicho González en su «Lectura Selecta» sino *batallador*, que sabe que á sangre y fuego, debe hacerse entrar lo que parece que no entra en nuestras obcecadas nulidades literarias.

JULIO DAVID ORGUELT.

Buenos Aires, Agosto de 1898.

ESTROFAS

Remembranzas

¿Recuerdas? Nos miramos
Y un éxtasis unió nuestras ideas...
¡Oh! qué hermoso el silencio—me dijiste—
Habla más que la boca!

—

¿Recuerdas? Encontráronse
Mis labios con tus labios...
¡Oh! qué hermoso es el ósculo,—exclamaste—
Habla más que el silencio!

Anhelos

Aspirar el aliento de tus flores,
Mirarme en tus pupilas azuladas,
Ser absoluto rey de tus amores...
Son esos mis más íntimos anhelos,
Pues flores hay en tu jardín de hadas,
En tu blanca pasión cariño y celos,
Y en tus ojos—abismos de alboradas—
Dos astros engarzados en dos cielos!

OSCAR G. RIBAS.

Agosto de 1898.

SOCIALES

FLORES DE INVIERNO

Lulú habia concluido la carta. Tal vez,—pensaba--fuera la última que las manos de su querido soñador recibieran.

¡Cuántas como aquella habia escrito en su escritorio que era asi como un diminuto pedazo de cielo, donde la inspiración delicada nacia pródiga de su frente blanca!

¡Cuántas veces veia flotar en su memoria reminiscencias castas de un amor de virgen!

Ella no vivia para si. Era un sér privilegiado cuya alma tenia que dividirse forzosamente en dos partes iguales.

Lulú como toda mujer en la edad de los grandes ensueños y las inmensas abstracciones del espiritu, sugeridas por la espontaneidad de la pasión, tenia su ideal que vió desaparecer lentamente como un rosetón de espumas que á medida que avanza hácia la costa va transformándose en girones hasta desaparecer por completo al besar la arena de la playa! como una columna de incienso que se desfloca somnolienta en el tibio ambiente de un templo, hasta desaparecer del todo dejando el rastro de su existencia en la estela de su perfume que juguetea en las ondas fugitiva!

¿Que le quedaba después de perdida la ilusión bendecida mil veces por las palabras ingenuas de su almita de ángel?

El dolor del recuerdo!

La abstracción del espiritu enfermo!

¿Qué decia su misiva?

. . . .

. . . .

«Ignoro si me sabrás comprender.

Hablo porque tengo que hablar. Responde: ¿me sabrás escuchar? Talvez sea la postrera vez. Oyeme si me sabes oir; recuérdame si me sabes recordar; léeme si me sabes leer.

Es mucho pedir? No lo sé. Tú lo sabrás.

Nunca he pensado ser como aquella alma sensible divida en tres partes.

Y si es cierto que muchas son las Carlotas que no se atreven á guardar el cariño para un solo sér, no por eso debias de incluirme en ese grupo de mujeres que hacen del alma una rosa cuyos pétalos se arrancan á medida que aparecen nuevas brisas.

Ni tú puedes ser un Werther ni yo una Carlota.

Tú porque no te sentirás con fuerza suficiente para amar como aquél, yo, porque no me sentiria con fuerza necesaria para dar penas, deseos imposibles y lágrimas.

Hay dentro de todos los corazones un germen de vida que es el embrión del cariño.

Según las impresiones y la espontaneidad ese embrión se agiganta y se achica.

Tú lo has empequeñecido hasta confundirlo en la nada--eterna realidad de las cosas humanas--¡yo lo he agrandado hasta llevarlo allá arriba--eterna realidad de las cosas divinas!

¿Has pensado una vez siquiera lo que importa un desengaño?

Jamás; tus palabras y tu sentimiento me lo dicen y todo ese pasado que se levanta entre nosotros como un lujoso palacio azul, cuyo interior esconde en sus lineas artisticas la forma detestable, concluye por convencerme de tu pobreza de alma.

Un desengaño mas que importa al mundo?

¡Ah! es cierto! El cariño nunca mentido; la sensibilidad exquisita del sér, la espontaneidad del amor, el recuerdo de la ilusión querida... nada valen!...

Porqué? Tú lo sabes...

. . . .

Piensa como mejor te parezca, di lo que quieras, no me contestes, permanece callado como la *Nada*.

La noche tiene su lenguaje, el aire tiene su armonia que algo dice, el sepulcro tiene también sus palabras que, aunque no oidas, se comprenden!

Pero tú... tú no tienes alma!

Eres sólo un cuerpo que anda, nada más!»

. . . .

Bombón—(¿Quién es? ¡Quién pudiera saber cuál es la persona que posee tan lindo seudónimo!)—nos remite las siguientes estrofas para «Sociales». Nuestras lectoras despejarán la incógnita que se oculta en la armoniosa rima de *Bombón*?

«Cronista:

Mucho te agradeceré publiques en tu sección el siguiente noviazgo:

Ella es linda, simpática, atrayente,
Y me dicen que es muy inteligente;
Elegante, sublime, magestuosa,
Es Emma reputada por graciosa.

—

Morocha, sus facciones enamoran,
Y sus ojos, son ojos que devoran;
Es muy buena, su modo muy sencillo,
Y rival de la Virgen de Murillo.

—

Me dicen que la hermosa no es coqueta,
Y que lee los amores de Julieta;
Ella ansia saber cómo querian,
Los amantes que nunca se aburrian.

—

En la calle de Piedras ella vive
Según han informado á la que escribe;
Y te digo, Cronista, que en verdad,
Es la reina de la alta sociedad.

—

El es joven, bastante conocido,
Y su nombre también es distinguido;
Sus amigos ya saben que es galante,
Y el título le han dado de elegante

—

Es amable, atencioso, jaranista,
Y me dicen que es Nacionalista;
En *ella* está pensando todo el dia,
Y le llama su amor y su poesía.

—

Garanten que la adora con locura,
Y que siempre pondera su hermosura;
Sé que mucho la quiere, y segun creo,
El casarse con ella es su deseo.

—

Me han dicho que trabaja con ahinco,
Y que vive en la calle veinticinco;
Y de paso también advertiré,
Que son sus iniciales L. P.

Bombón.»

MEDALLÓN

Ella: Es espléndida, una flor fragante nacida al suave y tibio beso de un pálido rayo de luna estival. De regular estatura, amable é interesante, tiene las condiciones que al alma atraen.

Su linda cabecita está adornada de ondulante cabellera color castaño. Su tez es sonrosada como un pétalo de rosa. Sus ojos grandes y vivos llevan en su mirada el fuego de un astro.

Es sumamente graciosa.

Su alma delicada duerme aún en el santuario de la inocencia, sin conocer las inquietudes del amor.

Vive en una casa-quinta, cerca de nuestro paseo más concurrido, en un camino bastante transitado que lleva el nombre de un general cuyos restos descansan en su mirador—casi esquina á otro camino cuyo nombre es el de un general ya fallecido.

Su lindo nombre es de tres sílabas y su apellido—que es conocidísimo—de dos.

Flor de un dia.

⁂ Viajeros—En estos dias emprenderá su viaje de regreso á Treinta y Tres, donde tiene establecida su importante casa de comercio, nuestro amigo y entusiasta partidario el señor Lucas Barreto.

—A principios de la semana pasada regresó de la ciudad de Minas, el digno amigo y correligionario Matias Zeballos. Su viaje fué motivado por la enfermedad de su señora madre, quien, felizmente, halló pronta y completa mejoria.

Nuestros parabienes al estimado compañero.

⁂ Ha abandonado el lecho, mejorada de la leve indisposición que habia experimentado, la señorita Rosa Villafán.

⁂ Sigue acentuándose la mejoria del joven compañero y amigo Rómulo Muñoz Zeballos, quien fué gravemente herido en la retirada de «Arbolito».

Abrigamos la esperanza de que pronto veremos al excelente amigo completamente restablecido de su enfermedad.

⁂ Con procedencia de Pando han llegado á esta ciudad los decididos correligionarios señores Regino Soca y Carlos González.

Reciban nuestro saludo afectuoso.

⁂ Ha regresado el Viernes de la vecina orilla, la distinguida señora Isabel B. de Fernández.

⁂ Para principios del año entrante está anunciado el enlace del señor Pedro Moreno con la señorita Concepción Ferreira, y el del jóven Francisco Costanzo, con la señorita de Magariños.

PARTIDO NACIONAL

MEMORIA EXPLICATIVA

DE LOS

ACTOS DEL COMITÉ EJECUTIVO Y DEL DIRECTORIO

DIRECTORIO

Acta número 25

SESIÓN DEL CUATRO DE ABRIL DE MIL OCHOCIENTOS NOVENTA Y OCHO

(Continuación)

El Directorio debe hacer presente á esos señores, que el Partido Nacional cree condición esencial de acuerdo, que en todo el pais se voten listas mixtas sin pretender más que un solo candidato y un suplente en cada uno de los Departamentos de la República para las elecciones de Representantes y los seis Senadores que se han ofrecido ya y que serian votados como todas las listas convenidas en el acuerdo por los Partidos unidos.

El Partido Nacional debe exigir también: La anulación de los Registros Cívicos actuales como un medio de desagraviar al pais de la vergüenza que para él importan la existencia de ese cúmulo de fraudes y de escándalos; la formación de las primeras Juntas Electorales que deben presidir la organización de los nuevos Registros, con cuatro colorados y tres nacionalistas, ó viceversa, segun el Departamento de que se trate; y la constitución de todas las Juntas E. Administrativas del pais, votándose también por los Partidos coaligados, listas mixtas en que estén representados todos los Partidos por los elementos más honestos que figuren en sus filas en los respectivos Departamentos.

En esta forma, opino, señor Presidente, que el Partido Nacional, prestando oido atento al sentimiento general del pais y haciendo un sacrificio patriótico en obsequio á la paz y á la concordia, habrá obtenido una victoria más que en el futuro será benéfica para el triunfo definitivo de nuestra causa, que yo lo veo seguro en un porvenir no lejano, si la prudencia es siempre fiel compañera de nuestras deliberabiones, y si el interés de Partido, que tiene mirajes engañosos, no se sobrepone nunca al interés nacional.

Un hombre eminente dijo, hace ya muchos años:

«¡Ay del Gobierno que no sabe distinguir entre una Nación y una multitud! ¡Ay del Gobierno que piensa que un movimiento de la opinión pública, grande, firme y continuado, puede dominarse como un motin callejero!»

La opinión pública es hoy, entre nosotros, gracias á Dios, una fuerza formidable, y acabamos de tener más de un ejemplo elocuente del destino que tienen reservado los que intentan resistirle.

¡Ay del Partido político, digo yo plagiando las palabras que acabo de transcribir, que se imagina que puede oponerse á un movimiento de la opinión pública grande, fuerte y continuado!

La opinión pública, señor Presidente, está con el Partido Nacional, y es necesario que así continúe.

Eso vale más que cuatro bancas y que diez bancas en las Cámara.

Esa es mi opinión, y la doy como la siento, reservándome abundar en el debate en otra clase de consideraciones, tendentes á demostrar las ventajas que la adopción de esa actitud tiene para el Partido.

Aureliano Rodríguez Larreta.

Solicitada la palabra por el doctor Berro, manifestó:

Que no habia formulado por escrito su dictamen porque habia supuesto que llegarian á adoptar una misma solución en la última conferencia que debia celebrar hoy con sus colegas de Comisión, sin que después de no obtener ese resultado le fuera posible, por sus ocupaciones apremiantes, escribir dicho informe.

Por este motivo expresa verbalmente su modo de pensar sobre el punto en debate.

Considera que esta cuestión puede ser apreciada en el terreno abstracto de la moral y los principios, y en el de las conveniencias del Partido. Que en cuanto á lo primero no divisa razón alguna que pueda obstar á los convenios con los Partidos adversos, y recuerda que estas alianzas momentáneas son frecuentes en Europa como en América aun entre Partidos políticos que profesan principios fundamentales radicalmente opuestos.

Que apreciada esta cuestión desde el punto de vista de los intereses nacionales y los del Partido, debe declarar que su solución ha sido materia de grave perplejidad en su ánimo.

Nadie podría acusar al Partido Nacional porque rechazara el acuerdo, puesto que es absurdo sostener que los ciudadanos que forman en sus filas, están en el deber de renunciar á su derecho electoral. Esa alianza con el adversario no es obligatoria, y desecharla sería lo natural, si no existieran poderosas razones de política que deben inclinarnos á esa solución.

La ruptura del acuerdo podría crear en el país una situación gravísima, y el Partido Nacional, por los intereses del país y los suyos propios, tiene conveniencia en evitar ese conflicto, que no podría afrontar hoy con seguridades de éxito. Lo práctico es, pues, declinar del derecho estricto; pero entiende que no debe irse á un límite que comprometa el decoro del Partido y rebaje la importancia y la influencia que le han dado á éste su propio esfuerzo y el inmenso prestigio que hoy lo rodea. La aceptación lisa y llana de las veinticuatro bancas asignadas como una imposición del adversario, le parecería un acto desdoroso é impolítico, sobre todo después de las negociaciones anteriormente fracasadas.

La solución propuesta por el doctor Rodríguez Larreta le parece que cede demasiado. Obligado á optar por una ú otra, preferiría la del señor Acevedo Díaz, que se coloca en el último límite de lo que en derecho puede exigir el Partido.

(*Continuará*).

PERIODISMO

"EL BOMBO"

Todo Montevideo conoce á la chistosa publicación ilustrada que dirije Emilio Frugoni, un humorista de la extirpe de Prieto Valdez, Pellicer y Giménez Pastor. Con su mal número,—el 13—«El Bombo» se nos presenta con flamante ropaje. Ya no es más un *periódico estudiantil*,—que los estudiantes nunca tuvieron mayor afición por las expresiones *bolsillicidas*;—establece querella de parcial divorcio, y su nuevo nombre es: *periódico festivo de caricaturas.*

Malos presagios corrieron sobre la vida de esta simpática publicación y ya nosotros nos habíamos preparado para escribirle una elegía tan triste y tan llorosa que no había más que pedir, en el carácter de colaboradores, ó sea deudos de ella. Pero está visto que por llamarse «El Bombo», cuando á el amenaza entrar su azarosa existencia, es cuando aquél resuena con más brío que nunca, y de aquí resulta un revivir perpétuo, un baño en la Florida de la conquista, un efecto semejante al que produce el elixir astral.

Bien venido sea «El Bombo» con sus noveles *parches*. Los *correajes* en que se afirma prometen resistir, y sus *palillos* no pueden ser más bien cortados y primorosos.

Reciban, sus directores, sus dibujantes, su administrador un prolongado toque de pistón en señal de entusiasta felicitación.

Y viva tan simpática revista muchos y buenos años para fustigar y rellenar con el aprobio de sus *difamatorias* al fiero homónimo universitario, que tan feo y simple es, como él lindo y gracioso. Y conste que en todo ésto no hay *bombo*.

AVISOS PARTIDARIOS

10.ª SECCIÓN JUDICIAL

La comisión seccional y demás correligionarios que suscriben la presente, invitan á los compañeros de causa de esta sección, á cumplir con el deber de inscribirse en el registro cívico permanente, previniendo á los que no tengan los justificativos legales, que en el local de la comisión, calle 18 de Julio número 153, se encargarán de las diligencias necesarias para conseguirlos.—Villa de la Unión, Julio 11 de 1898.—Eduardo Fernández, Tomás Bertelli, Eduardo Espina, Pedro Cabris, Martín E. Cavia, Ovidio Sierra, Samuel Horne, Pedro Alonso Zipitria, Aureliano Miró, Juan P. Silva, José M. Tutzo, Martín Aguirre, José Agustín Sierra, Julián B. Vera, E. Cadenas Ocampo, Arturo Díaz, Benigno Reboledo, Agustín Fernández, Alberto Casaravilla, Rodolfo Iralde, J. Cusano, Felipe Iralde (hijo), Gilberto Rodríguez, Próspero Eloy Riano, Pedro B. Rodríguez.

CLUB NACIONAL

Se hace saber á las personas que deseen inscribirse como socios en el registro del Club Nacional, que pueden pasar á anotar sus nombres los días hábiles, en la secretaría de dicho centro, de 9 á 11 de la mañana y de 1 á 4 de la tarde.—*El Secretario.*

LA COMISIÓN D. DEL PARTIDO NACIONAL—Á LAS COMISIONES SECCIONALES

Se avisa á las comisiones seccionales que necesiten recursos para cubrir los gastos de los certificados parroquiales, correspondientes á los ciudadanos nacionalistas que no estén en condiciones de adquirirlos de su peculio, que pueden pasar por la tesorería de la comisión departamental, donde se les proveerá de aquellos.—Montevideo, Junio 20 de 1896.—Local: calle 25 de Mayo esquina Treinta y Tres.—*El tesorero.*

COMISIÓN DEPARTAMENTAL DE MONTEVIDEO

Se ruega á los señores presidentes de comisiones seccionales del partido, se sirvan hacer saber por nota, ó individualmente, la calle y número de sus respectivos domicilios, á fin de poderles enviar rápidamente las comunicaciones de esta directiva.—*El Secretario.*

MENUDENCIAS

Llevaban á enterrar en cierto pueblo á un colectivista á quien creían muerto, pero que realmente no estaba sinó desmayado, al saber el fracaso del mot n: volvió en sí cuando ya le habían colocado en un carro fúnebre, y oyó que uno preguntaba:

—¿Quién es el muerto?

—Don Canuto.

—Poco se ha perdido con que se haya llevado el diablo á ese canalla de colectivista.

—¡Ah, tunante!—dijo en voz baja el aludido—¡qué paliza te daría si no estuviera ahora muerto!

***

¡A tres reales á tres reales!
van las leyes reformadas!
gritaba un pobre librero
á la gente que pasaba.
Y un chusco dijo:—¡Ay de mí!
¿puede haber mayor desgracia?
¡que nunca valgan las leyes
ni un patacón en mi patria!

***

—Cuando me casé con mi esposa,—decía uno—la quería tanto que me la hubiese comido.

—¿Y ahora?—le dijo un amigo.

—Ahora siento no haberlo hecho así.

***

Al sentar plaza de «voluntario» un aprendiz de farmacéutico, le preguntaron:

—¿A qué cuerpo quiere usted pertenecer?

—Al de artillería porque sé usar bien el *mortero*.

***

Leo en un periódico:

«El invierno actual ¿será suave ó riguroso?»

No hay más que *una familia* que pueda contestar á esa pregunta.

Los cesantes...

***

Una señora dice á su criada:

—Vete á la carnicería y mira si el carnicero tiene pies de cerdo.

La criada vuelve poco despues:

—Señora, no he podido verlo, el carnicero tenía las botas puestas.

***

¿Adivinen ustedes...?

Murió de amor Abelardo,
de amor Julieta y Romeo
Y me moriré yo... de hambre,
si no me dan un empleo.

***

Un amigo le pregunta á otro por la familia.

—No me hables, chico; la familia, siempre aumentando.

—¿Cómo aumentando? No sabia que...

—Sí, mi mujer se empeñó en que le comprara un loro.

NOTAS FINALES

«Tribuna» de Buenos Aires registra un suelto que merece transcribirse por lo novedoso para los mismos que debieran estar al tanto de lo que sucede en su propio pais:

«Se guarda absoluta reserva sobre el resultado de la entrevista del presidente provisional con el jefe politico de Cerro Largo señor Basilio Muñoz (hijo), con motivo del suceso acaecido en la estancia del general Justino Muniz.

«Se habla del próximo cambio del señor Muñoz, eligiendo el sustituto dentro de la fórmula del convenio de paz celebrado en 18 de Setiembre de 1897 con el Partido Nacional.»

Por nuestra parte deseamos hacer constar que no sabemos donde *se habla*,—como dice el colega,—del cambio del señor Basilio Muñoz (hijo), pues absolutamente nada hemos oido al respecto, y en virtud de ello conceptuamos á esa noticia desprovista de todo fundamento. ¿De dónde ha salido este «canard» porteño?

--Partió ayer, sábado, abordo del vapor «Nile» con destino á Rio Janeiro nuestro decidido correligionario el señor Juan A. Smith. Va por asuntos relacionados con su importante casa de consignaciones de esta capital.

—A la Dirección de Correos, nos permitiremos hacer una pequeña observación, por si la estima aceptable. Por nueva disposición la Oficina Central permanece abierta durante la noche, con el servicio completo que hace durante el dia. Ahora bien: efectuándose igualmente por la noche la entrega de la correspondencia que existe en *Listas*, parece muy natural que los focos de luz se sitúen convenientemente para que iluminen dichas listas, y no que éstas permanezcan en plena oscuridad como hasta ahora, obligando al público á hacer uso de cerillas para leerlas. Apuntamos la idea, por si parece razonable al señor Camps.

—Al importante colega «La Democracia», de la Colonia, agradecémosle el honor dispensado á nuestro articulo titulado *A inscribirse* cediéndole las columnas editoriales de su número correspondiente al 28 de Julio.

—Después de algunos dias de ausencia, en los cuales suspendió su salida, nos ha visitado el periódico *Los Principios* de San Fructuoso. Ahora se nos presenta reformado, de mayor tamaño y mucho más buen mozo, por lo que felicitamos á su director-propietario don Bautista A. Roca, deseando á *Los Principios* larga y provechosa vida.

--EL EDITORIAL correspondiente á este número ha sido postergado por el exceso de colaboraciones, que nos han obligado á diferirlo.

Noblesse oblige.

—Reanudaremos con el número próximo correspondiente, la galeria de *Nuestros colaboradores* con el retrato del galano escritor Solano A. Riestra, que asiduamente hermosea á esta publicación con sus castizos articulos de costumbres.

—Llegan noticias enteramente contradictorias de la campaña. Mientras unos afirman que todo está tranquilo y que la gente rie de las alharacas herreristas, otras personas, del mismo paraje, aseguran que la alarma aumenta y que, de un momento á otro, se espera una invasión por el Uruguay, segun unos, y por el Norte, dicen otros.

El pais en tanto, sufre las consecuencias de esta época indecisa. Todas las transacciones comerciales están paralizadas, y los tenedores de valores públicos se apresuran á desasirse de ellos.

Vamos muy bien!

--Los señores agentes y suscritores que deseen obtener las últimas medallas del coronel Lamas, pueden dirijir sus pedidos á esta administración, donde serán atendidos.

El sobrescrito debe venir rotulado á N. Errandó, y acompañado del respectivo importe.

--Nuestro colega *El Siglo* ha suprimido una de sus ediciones, introduciendo en cambio, notables mejoras en la de la mañana. Este progreso del estimado colega originará reformas en otros diarios.

Felicitamos á *El Siglo* por su reforma.

--Los nacionalistas de la 5.ª sección de Montevideo no deben olvidar que este Domingo 7 de Agosto, á las 8 de la noche, tendrá lugar la inauguración del club «Rafael A. Pons», acto que se realizará en el local social, calle Yaguarón 414, entre Durazno é Isla de Flores. La concurrencia promete ser numerosisima.

--Ha sido reemplazado por don Feliciano Viera, el señor Lino Fernández, jefe politico de Artigas.

¿Cuándo acabará Cuestas de *arrellenarse* en su sillón provisorio?

--Se nos ha preguntado si publicaremos ó no el retrato de uno de los primeros jefes militares del Partido Nacional. Nosotros no somos jueces ni ejecutores de penas caso de que hubiera para qué y por qué. En el número próximo daremos la respuesta.

--En el próximo dia patrio, varios socios del Club Nacional piensan obsequiar al valeroso General Saravia con una espada toledana cuyo valor moral es inmenso.

Dicha espada fué adquirida por varios admiradores del héroe de Paysandú, y tiene en su empuñadura el busto del caido honroso.

Pero, como cuando ella llegó á la capital ya habia dejado de existir el privilegiado de la gloria, quedó la espada en poder del armero, por intermedio del cual se habia mandado forjar.

--De «El Diario» de Buenos Aires:

«Dentro de algunos dias, el poeta uruguayo señor Santiago Maciel, que actualmente reside entre nosotros, dará una comida en el hotel de la Paix, en honor de los militares orientales coronel Manuel M. Rodriguez y mayor Arturo Isasmendi, y á la que asistirán algunas otras personas de las deportadas por el señor Cuestas.»

El señor Maciel, aunque figura allá en calidad de poeta uruguayo, es además ex-secretario de la cámara de representantes.

Esta circunstancia de ser *ex*, es la que explica sus actuales empeños por servir á los amigos expatriados lo menos amargo posible el pan del ostracismo.

Y seria el caso de decirles aquello de *Bon appetit Mesieurs*, si no supiéramos por experiencia que siempre lo han tenido muy bueno y que ahora probablemente lo tienen mejor y más abundante.

EPISTOLAR

Helios.—Montevideo—No lo tome Vd. á mal. Es mejor no publicar «Al morir del dia.»

Luciérnaga.—Montevideo.—Gracias, muchas gracias, mil gracias, por los elogios inmerecidos, pero ¡sea Vd. más compasivo!

J. F. L.—Treinta y Tres.—«La luz se está haciendo...» Esperemos á que hayan desaparecido del todo las tinieblas.

Lucero. —No.—*R. N.* —No.—*Gofredo.*—No.—*P. C.*—No.—*Donis.*—No. no, no... ¡demontres!!

Sancho.—Tacuarembó.—Mire usted, su escrito es excelente. Pero alléguese usted y séame franco: ¿usted ha leido el libro *Il cuore* de De Amicis?

K. la Baza.—Montevideo.--¡Por el amor de Dios!

Sisebuto.—Montevideo.--Haga el favor de no enviarnos más «composiciones».

Romeo.--Salto.--¡Animal! ¡¡Animal!!

Establecimiento Gráfico á vapor. Convención 82